

**Incorporación del académico
Don Carlos Thorne Boas**

EL MUNDO DE UN ESCRITOR*

Recuerdo con nostalgia el tiempo de mi juventud que dediqué al estudio en el antiguo campus de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, asistiendo curioso y entusiasta, siempre, a las clases de mis maestros y leyendo interminables horas en su centenaria biblioteca toda la gran literatura que encontré en ella, para mi deleite; hasta que terminados mis estudios de derecho y filosofía me recibí de abogado, lanzándome a ejercer mi profesión, ávido de experiencias nuevas, sofocando mis inquietudes literarias.

Yo en verdad nunca pensé que algún día me convertiría en un escritor, en un literato, en un prosista, en un polígrafo. No sé si al cabo de una larga vida entregada a la escritura he logrado ese sueño, porque ser escritor no es solo pergeñar escritos, componer cuentos, novelas, poemas, dramas, sino intentar alcanzar la expresión literaria, el arte de la palabra mediante la prosa o el poema o el drama teatral. Ser escritor no es, pues, una tarea fácil, requiere que nuestro espíritu ejerza una función creadora empleando ese sistema convencional de signos que es el lenguaje en toda su capacidad simbólica, en un descomunal esfuerzo por interpretar al hombre sin falsificarlo para que tome posesión de su mundo.

* Discurso de incorporación a la Academia Peruana de la Lengua como Académico de Número, en sesión pública del 29 de noviembre de 2012, que se realizó en la Casa Museo Ricardo Palma, ciudad de Lima.

En la Ilustración, en pleno siglo XVIII, el gran filósofo Kant se preguntaba: “¿Qué es el hombre?”. Planteaba como apunta Martin Buber un montón de problemas, tales como “el lugar especial que al hombre corresponde en el cosmos, su relación con el destino y con el mundo de las cosas, su comprensión de sus congéneres, su existencia como ser que sabe que ha de morir”...

Es en la soledad donde yo aspiré a realizar esa titánica tarea, refugiado dentro de mí mismo, entregado a desgarrar toda mi alma para encontrar dentro de ella, en la más profunda de sus simas, la respuesta que el mundo me exigía rogando con toda humildad que lo que escribiese no fuera una vulgar imitación del mundo en el que vivo sino el camino de acceso que me ha demandado mi conciencia, para que muestre y desarraigue todo lo que ese mundo ha impreso en mi ser, como una lacra o estigma que señala mi esclavitud al orden caduco que reina en él contra el cual me rebelo.

Supe que como todo escritor tenía dos posibilidades. Una era aceptar ese mundo y reflejarlo como un espejo, con más brillo y menos insípido, y adornarlo pura e ingenuamente como si fuera una novela de aventuras. La otra posibilidad era buscar en la palabra el silencio de la retórica para asomarme a los abismos de la condición humana mediante mi voluntad de verdad, voluntad de la que Nietzsche dijo alguna vez: “Si algo invulnerable, insepultable hay en mí, algo que hace saltar las rocas se llama mi voluntad”.

Y es en esta soledad que yo he podido vislumbrar al fin esa potencia de mi espíritu, mi voluntad que me lleva a realizar los objetivos que me he propuesto, potencia que me empujó a inventar ese pequeño universo de personajes creados y animados por mí que andan en la fábula, en medio de mi asombro, como si se hubieran escapado a una tierra lejana, apartados de mi grey, para seguir estando vivos, todo debido al ejercicio de mi pluma, hecho que me ha dado una razón válida para existir y sentirme por un instante invulnerable a la muerte, que siempre vendrá aniquilando mi vida.

Así cuando me aísto de los demás intuyo que esos momentos en los que estoy absolutamente solo son los adecuados a mi propósito de alcanzar la concepción y la escritura de mi obra y descubrir la naturaleza del hombre en todas sus facetas, haciéndola asequible a mis lectores con la fuerza del arte. El escritor debe refugiarse dentro de sí mismo para avizorar su papel en esa tarea de escribir textos en los que, al tiempo que entretiene y cautiva por la forma en que fragua su obra, transmite sus valiosas intuiciones del mundo mediante el empleo de esa potestad de la que nos habló el poeta latino Horacio en su “Ars poética” cuando afirmó que: “En todo tiempo los poetas y los pintores tuvieron la libertad para ser osados imaginando lo que les plugiera”. Y esta libertad, el escritor debe usarla sin límite alguno para mostrar y combatir la miseria de la condición humana. Vivimos en un mundo en perpetuo conflicto, en el que no se respetan los grandes valores que dotan a la existencia del hombre de una dimensión trascendente a nuestra propia naturaleza. Son los grandes principios de una ética que se nutre del dominio ejercido por nuestra voluntad sobre nuestras pasiones y apetitos, los que deben prevalecer por encima de la ambición que nos hace creer que poseer los bienes materiales es el único objetivo de la vida. El escritor que no se traiciona a sí mismo busca con sincero afán desentrañar la índole de esa negación que día a día acontece de esos principios rectores cuyo cumplimiento es la más grande hazaña que ordena nuestra razón. Solo sabiendo él que es dueño de un poderoso instrumento que es su lengua, sus palabras al otro en su diálogo con el hombre lograrán la eficacia que ansía que tengan sus ficciones. Y aunque no lo quiera evocará siempre un pasado que no se agota en el presente que lo cobija cual árbol bajo cuya sombra escribe, mecido por el viento de lo nuevo, que no destierra ese pretérito que junto con lo actual constituyen su entorno.

Fue en el año 1953 que empecé a publicar mis cuentos en el suplemento dominical del diario *El Comercio*, lo que me trajo satisfacciones por los inmerecidos elogios que obtuvieron. Una tarde, Washington Delgado asistió a una de las tertulias literarias que conducía con sagaz tino y entusiasmo mi recordada hermana, la poeta Lola Thorne, en nuestra casa de Santa Beatriz (a la que concurrían las jóvenes promesas de nuestra generación). Delgado, fino poeta y periodista colaborador de

“El Dominical”, luego de escucharme leer mi cuento “El desafío”, me lo arrancó de las manos para publicarlo en ese suplemento que dirigía el filósofo Francisco Miró Quesada Cantuarias, mi maestro y amigo. Desde entonces allí aparecerían los relatos que años más tarde reuniría en un pequeño volumen.

Todo esto hizo que yo no abandonara ya mi tarea de escritor aunque la emprendiera de manera discontinua, en medio de los pleitos que como abogado atendía, al tiempo que me dedicaba a la enseñanza del Derecho en mi vieja alma máter, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Así, a fines del año 1959, edité mi primer libro, después de haber leído mucho y a tantos escritores de enorme valía que sería muy largo citarlos a todos. Por lo pronto, sí creo justo nombrar a los que acaso más influyeron en mí cuando compuse los cuentos de mi primer libro; ellos fueron Cortázar, Borges, Maupassant, Rulfo, Quiroga y otros que olvido. Sin embargo, mención aparte merecen también los escritores del neorealismo italiano del siglo XX que eran Elio Vittorini, Cesare Pavese, Vasco Pratolini, Dino Buzzati, Alberto Moravia (el único realista de su generación, como lo llamó el crítico italiano Pampaloni); todos ellos manejaron una prosa intimista, casi musical, con tintes autobiográficos, coloquial muchas veces. Entre todos estos se destacaba Pratolini por sus relatos enriquecidos por una dulce nostalgia lírica, con la que nos mostraba la realidad de un pueblo que despertaba después de la gran hecatombe de la última guerra del mundo, el desencanto de los jóvenes, las pequeñas tragedias de la gente común; su estilo respiraba gran belleza.

Tampoco puedo aquí dejar de mencionar la deuda que tengo con la gran revista argentina *SUR* (hace años desaparecida) que dirigía Victoria Ocampo; su lectura me hizo conocer de primera mano esa gran literatura de aliento universal que albergaban sus páginas. Eximios escritores de todas partes del mundo colaboraron en ella.

No estuve satisfecho de mi primer libro que no pudo colmar mi inquietud por descubrir nuevas formas de narrar, técnicas más audaces con las que reflejase la realidad del mundo que me rodeaba, que no solo abarcaba mi patria sino muchísimas otras patrias, un universo cosmopolita

que yo intuía como una totalidad. Y me apliqué fundamentalmente a representar tanto el presente más inmediato como el pasado entronizado en mi conciencia, de tal modo que contara sucesos que ocurrieran en nuestra vida cotidiana transformándolos en sucesos dramáticos que aderecé con vivencias, ideologías, y fuertes pasiones que el sexo animaba, trabajando la palabra en mi búsqueda de romper moldes, recurriendo a juegos verbales, a atrevidas polisemias, a mezclas inextricables en el proceso narrativo, preocupado por dominar la técnica del monólogo interior “y de introducir al lector en el curso de una consciencia pensante”. Así nació mi segundo libro, catorce años después. Durante este interregno entre el primer y el segundo libro me ejercité duramente en perfeccionar el uso de mi lengua con el objeto de alcanzar un estilo de ritmo rápido que avasallase al lector así como en manejar todas las técnicas del arte de narrar. Me adiestré, pues, en ese difícil y apasionante arte de contar pequeñas historias. Esta experiencia supuso pretender asomarme a la posibilidad de crear una prosa fabuladora en la que no estuviera ausente un soplo de poesía vistiendo a las imágenes.

El lenguaje es un maravilloso universo constituido por significados y significantes por medio de los cuales accedemos a la realidad total, estableciendo una relación sin límites con las cosas y el hombre en cuanto cumple su función comunicativa. La lengua en cambio “es un conjunto particular organizado de signos intersubjetivos, un producto social de la facultad de lenguaje y al mismo tiempo un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social”, como sostiene Saussure. Por eso Sartre decía que él tenía una relación de propiedad con su lengua, lo que era verdad, porque todo escritor experimenta un sentimiento de posesión con respecto a ella pues ama a su lengua. Yo no dudo que Quevedo no amase a su lengua al igual que Cervantes, o que Shakespeare no sintiera el mismo amor por la lengua inglesa o Flaubert por la suya, como los innumerables escritores que han vivido y desaparecido a lo largo de los siglos. Para todos ellos, la lengua ha sido y es un medio: la comunicación; y un fin: la expresión literaria que moldea las palabras, que las labra en su afán de dotarlas de esa resonancia que percibimos en nuestra experiencia y que es única, y obedece al propósito de instaurar dinámicamente una nueva significación que rebase el sentido técnico del lenguaje,

no traicionando lo que llamamos el genio de la lengua, las tradiciones literarias que constituyen el fondo de un particular sistema lingüístico.

No todo escribiente logra ser escritor, pues “aquellos que muestran las cosas, los objetos mediante las palabras, que escriben para designar objetos”, solo traspasarán la valla que separa a la literatura de la literalidad si apresan el sentido exacto y propio de las palabras como lo hace el escritor que traduce su percepción total del objeto, sus matices mediante el uso de significantes nuevos u originales o viejos reinventándolos, percibiendo la palabra como un objeto corpóreo y designándolo de una cierta manera reveladora de un gusto puramente subjetivo, más allá de lo que comunican. Así en la lengua, “nada sería inexpressable, con la condición de inventar la expresión”. Y como bien dice Roland Barthes: “el escritor cumple una función; el escribiente, una actividad”.

Un vigoroso escritor dominicano, Juan Bosch, autor de un célebre texto titulado “Apuntes sobre el arte de escribir cuentos”, y que fabuló acaso los mejores relatos sobre el Caribe, me comentó una vez en Madrid “que cuento quiere decir llevar la cuenta de un hecho” y que esta definición basta para apresar la esencia de este género tan antiguo como que nace con la literatura, que se nutre de la realidad y de los sueños, y el que los escribe únicamente encandila al lector cuando sabe llevar con sabiduría la cuenta de un suceso.

El cuento fue el género que más cultivaron algunos escritores; tal es el caso de Hoffmann, Poe, Chejov, los hermanos Grimm, y de otros que solo escribieron cuentos como Quiroga, el maestro Borges, Arriola, pero todos alcanzaron en ello la más alta excelencia, haciendo de un solo asunto, de un pequeño suceso, el corazón de esa narración que exige un ritmo tenso para encantar al lector con su breve sortilegio.

Pero si el cuento se centra en un acontecimiento o suceso único como meollo de la narración dándole la mayor fuerza expresiva, la novela abarca en su acción diversos hilos, sucesos, personajes en un entramado de episodios y situaciones, todos envueltos en un movimiento continuo caracterizado por la morosidad. Y como afirma Roger Caillois: “no conoce

límite ni ley, pues su terreno es el de la licencia”. Por tal razón pensé que componer una novela podría ser un reto difícil de vencer ya que tendría que manejar multitud de personajes, variedad de episodios, uniendo las diferentes partes que la componen, meta que me parecía imposible de cumplir, si no conocía bien los elementos esenciales de su estructura y el ritmo del “tempo” narrativo, azás distinto de la brevedad del relato. La relectura de *Rojo y Negro* de Stendhal, del *Ulises* de Joyce y de *La Guerra y la Paz* de Tolstoi me hizo ver que la novela tenía una índole pseudoépica que constituía su carácter primordial y que por ello si me entregaba a escribirla debía realizar un gran esfuerzo casi heroico para culminar mi propósito, o sea una proeza, cumpliendo con lo que le decía Schiller a Goethe en una de sus cartas: “La meta del poeta épico reside en cada punto de su movimiento; por eso no nos precipitamos impacientes hacia un fin sino que nos demoramos con amor a cada paso”.

Las dictaduras habían surgido con inusitada fuerza en plena segunda mitad del siglo XX en la América Latina, reviviendo la crueldad y los horrores del fascismo. En Chile, Pinochet estrangulaba la libertad de su pueblo asesinando a sus opositores, después de derrocar sangrientamente a Salvador Allende, e igual cosa hacían Videla y sus militares en la Argentina expulsando del poder a Isabel Martínez de Perón e instaurando un régimen corrupto violatorio de los derechos humanos en su lucha contra sus opositores (la guerrilla de izquierda y el peronismo), hasta su total exterminio, sin la menor piedad. Las débiles e imperfectas democracias del cono sur sufrirán este terrible acoso hasta la destrucción más vil. Pronto se sumó a este descalabro de la democracia política en América, el golpe de estado de Velazco Alvarado, quien derrocó a su presidente Belaunde Terry, implantando la dictadura bajo el pretexto de inaugurar un país distinto, siguiendo la falaz utopía revolucionaria de Fidel. Seducidos por esta promesa de un cambio histórico en beneficio del Perú, algunos intelectuales prestigiosos colaboraron con el nuevo gobierno del que luego se apartarían desilusionados, pero hubo otros que solo buscaron el lucro, el torpe provecho personal, sirviendo abyectamente a esta experiencia desafortunada que llevó al país a la bancarrota. Este trágico panorama me inspiró para que compusiera mi primera novela en la que ejercí a plenitud mi oficio de escritor, que según, Saul Bellow,

“nos lleva hacia dentro y en nuestros propios reinos nos entregamos a nuestras distracciones favoritas”.

Recuerdo una frase de Raymond Aron que me ha impresionado siempre por su justeza: “La historia es reconstitución, por y para los vivos, de la vida de los muertos”. Morimos para la historia y seguimos estando vivos en ella diría yo. La historia a lo largo de mi vida me ha apasionado sea como ciencia o como hechos de los hombres que pensaron, sufrieron y actuaron en el pasado, en ese pasado que jamás desaparece de nuestra vida, que es la suma de las vidas de las diversas generaciones que nos han precedido en el tiempo de nuestro cosmos, cosmos que para Heráclito de Efeso “es el mismo de todos y no lo hizo ningún dios ni ningún hombre, siempre fue y será fuego eterno que se enciende según medida y se extingue según medida”.

La historia así es un diálogo del presente con el pretérito, un relato de nuestras desgracias y de los momentos afortunados o dolorosos vividos por las civilizaciones y los individuos que a ellas pertenecieron en el devenir, que nos proponen siempre lecciones contradictorias. Tampoco la historia es crónica, va más allá de la enumeración de los hechos, indaga permanentemente cómo han ocurrido los sucesos, explicando las causas de los acontecimientos, investigando la modalidad de los cambios acontecidos en el orden del tiempo, pues la ambición extrema del historiador es saber la realidad pura de cómo sucedió todo. Es aquí cuando vuelvo a preguntarme si ese pasado memorable, que es descrito y analizado por los historiadores, es finalmente descubierto en toda su profundidad merced al trabajo de estos, que han emprendido la tarea de objetivarlo; también me pregunto si habrán otros modos o maneras de penetrar en la verdad de ese pasado, en la enmarañada serie de principios y causas que lo alimentan y proyectan sobre el presente. Creo indudable que al lado de este trabajo que como ciencia llevan a cabo los historiadores existe otra vía, que es la de la ficción novelesca hurgando en ese pasado; ella también hace posible acercarse al enmarañado y oscuro mundo del pretérito para mostrarlo con otra mirada que revele patentemente que la historia humana no es un escenario inmutable y saque a nueva luz los valores que inspiraron antaño los actos de los personajes

reales de la historia que ahora aparecerán adornados por la imaginación creadora. Así lo hicieron los escritores que dieron forma a este género de novela durante el siglo XIX; primero los románticos como Walter Scott, Alexander Puschkin, Víctor Hugo y Alessandro Manzoni; luego, en pleno realismo literario europeo, Gustavo Flaubert, Benito Pérez Galdós, entre otros.

Volver los ojos al pasado para revivirlo es, pues, una hermosa y esforzada tarea si quien lo intenta es un hombre de ciencia, un historiador, un filósofo de la historia como Toynbee, Gibbon, Burckhardt; pero si se trata de un escritor que pretende ficcionalizar la historia, el esfuerzo no solo será mayúsculo sino extenuante, siempre y cuando no rompa el cuadro histórico que le sirve de fondo a su novela ni lo carnalice en forma gratuita para asombrar al lector que conoce y admira ese pasado que él recrea con su pluma. Esta exigencia que debe obedecer a su amor por la historia de su propio pueblo hace indudablemente que su obra de talante histórico sirva para entender, comprender, denigrar o alabar ese pretérito de sucesos memorables que habrá de describir a lo largo de su narración, a través de la acción, la trama, la actuación de sus personajes ficticios o reales. Relatará cómo fue la vida del común a la vez que nos dará sutilmente su propio juicio respecto al papel que jugaron los verdaderos actores de la historia en ese pasado, pintándolos con entera libertad, sin despojarlos de esa verosimilitud que los hace renacer en el presente. Desde Walter Scott a Tolstoi y de este a Carpentier han desfilado ante nosotros vívidas narraciones de epopeya, todas imaginarias pero tan llenas de realidad que al evocar el pasado nos introducen en él tal como si fuéramos otros personajes más que calladamente atestigüamos la existencia de esos personajes de la fábula cuya autenticidad ya no nos parecerá dudosa a nuestros ojos. El escritor de este modo exhuma grandes hechos y sucesos acaso para exorcizarlos, exhibiéndolos sin galas retóricas en su pura mismidad.

La historia de la América Latina desde la conquista española hasta hoy constituye, como dije alguna vez, “un complejo e inmenso entramado de sucesos en el que es posible distinguir momentos trascendentales en su azaroso proceso evolutivo”. Nuestros escritores desde el siglo XIX

han intentado apresar e interpretar esos momentos cultivando la novela histórica, acaso pensando que la ficción debería dar una nueva visión de ese pasado que antaño solo existía en la obra de nuestros cronistas. Pero es en pleno siglo XX cuando aparecen las grandes novelas que componen una verdadera indagación sobre nuestra historia. Arturo Uslar Pietri publicó en 1930 una extraordinaria novela: *Las lanzas coloradas*, que fue una admirable reconstrucción de la guerra de la independencia acontecida en lo que fuera la gran Colombia, particularmente Venezuela; esta novela gira en torno al feroz guerrillero Boves, caudillo de los llaneros, adicto a la causa realista, famoso por su crueldad y que murió en una batalla. Es aquí, acaso, cuando surgió por primera vez descrito con gran arte lo sanguinario de esa lucha por nuestra independencia en la que triunfó Simón Bolívar. Este consumó la libertad de su patria, incluidos el Virreinato de Santa Fe y la Audiencia de Quito primero; luego continuó en el Perú la gran obra de José de San Martín. Esta novela habría de ser precursora de lo que ahora llamamos la nueva novela histórica; ella le dio un nuevo giro al género en cuanto concepción y escritura con técnicas, formas y complejidades inéditas.

Pero sería a partir de la novela *El reino de este mundo*, del genial escritor cubano Alejo Carpentier, publicada el año 1949, cuyo tema es la revolución de la Independencia de la Colonia Francesa de Haití, que aparece (según afirma el estudioso crítico norteamericano Seymour Menton) la obra que encarna por primera vez la nueva novela histórica de América Latina. A ella le seguirían *El arpa y la sombra* del mismo Carpentier, *Terra nostra* de Fuentes, *Yo el Supremo* de Roa Bastos, *El otoño del patriarca* de García Márquez, *El mundo alucinante* de Reynaldo Arenas, *Los perros del paraíso* de Abel Posse, entre otras novelas que no cesaron de innovar el género, introduciendo nuevas estrategias en el relato histórico “que desacralizan la historia oficial legitimadora y abren paso a un relato plural, dialógico y cuestionador de las estructuras impuestas desde el poder”. Todo esto ocurrió en la segunda mitad del siglo XX. Cabe señalar que la mayoría de estas novelas tienen un elemento común, como es acentuar, vía la imaginación, las características, los rasgos diferenciales de la realidad latinoamericana frente al referente europeo, interpretando hechos históricos de trascendencia imborrable para nuestros pueblos: la

conquista de América por los colonizadores y las guerras de independencia; además, como afirma el crítico Fernando Aínsa, estas novelas *vertebran* “de un modo u otro [...], con mayor eficacia, los grandes principios identativos americanos”. A lo que se agrega la irrupción en el relato de lo real maravilloso, la intertextualidad como la referencia a otros textos que se hallan en un escrito para transmitir la existencia de diferentes discursos que dialogan entre sí, y el simbolismo como praxis narrativa.

Desde entonces hasta hoy han continuado surgiendo en el panorama literario de la América Latina nuevas y apasionantes novelas de la misma índole histórica. Al igual que las aquí citadas, estas novelas también han querido relatar ese pretérito en su propósito de desentrañar la esencia de esa vida histórica tal como fue, iluminando fugazmente la posibilidad de cómo pudo ser, para recuperarla en el tiempo presente y extraer la verdad de las grandes pasiones que la alentaron y animaron, grandes pasiones que siguen gravitando sobre nosotros. Así, la nueva novela histórica insiste en una relectura de la historia fundada “en un historicismo crítico que intenta dar coherencia al presente a través de una visión crítica del pasado”, como sostiene Fernando Aínsa.

Lo singular de todo esto es ver que la novela histórica en nuestra América ha alcanzado un extraordinario relieve, enriqueciendo y captando maravillosamente nuestra visión del pasado, como jamás se hizo antes en el campo de la ficción. Ha superado toda dependencia con la novela europea (sea inglesa, francesa, española o alemana), al adquirir una ejemplaridad que opaca la presencia en el canon literario de la famosa novela de Herman Broch, publicada al final de la Segunda Guerra Mundial, en 1945; esta es una novela crepuscular, cuya acción sucede en la vieja Roma y en la que asistimos con estupor a la muerte de un gran poeta, Virgilio, a la vez que a los instantes culminantes de una gran civilización.

Acaso sea oportuno rendir aquí mi homenaje a la gran novela indigenista escrita por Ciro Alegría y José María Arguedas, cuyo aporte a la literatura peruana y latinoamericana del pasado siglo ha sido muy valioso; nombres gloriosos a los que agrego el del narrador indigenista

Eleodoro Vargas Vicuña, uno de sus mayores epígonos como cuentista, miembro de mi generación. La novela indigenista hoy se encuentra devorada por la modernización del país y la migración andina a las grandes ciudades de la costa; cambio que ha hecho olvidar una tradición ancestral que no había bebido de la historia de Occidente, nutrida por mitos que han perdido su esencia enigmática.

Aprovecho esta cita que hago de la novela indigenista para manifestar que la Generación del 50, a la que pertenezco, ha contribuido también en igual medida a recrear los fundamentos de la novela peruana inyectándole nueva savia y complejidades técnicas de vanguardia durante todo ese lapso que va desde su aparición en el escenario nacional hasta los años corridos del presente siglo; de este modo renovó los cánones que había impuesto la novela indigenista, renovación realizada por notables narradores entre los cuales menciono a Mario Vargas Llosa, Julio Ramón Ribeyro, Carlos Eduardo Zavaleta y Enrique Congrains Martín. Pero no solo esto ha acontecido con el género novelesco, sino igualmente con el cuento y la poesía, que han suministrado una viva luz sobre nuestra época.

Mi generación ha tenido, pues, una visión completamente nueva de cómo debe forjarse la obra artística, para que sea independiente del tiempo y de toda contingencia. Ella ha querido calar en lo más profundo de nuestras aspiraciones colectivas y ejercer sobre nuestra sociedad, de algún modo, una influencia realmente importante e inteligible pero encerrando siempre cada una de sus obras un valor estético que permanezca en el tiempo. La Generación del 50 no nació al azar. Ha sido y es fruto de un proceso que ha tomado, de las aspiraciones e intuiciones de los escritores de las generaciones anteriores, el sueño o el deseo no consumado de abrir nuevos derroteros en la novela, traspasando las limitaciones de la novela indigenista que cultivaron con sumo y grande acierto Alegría y Arguedas, pero que no alcanzó a reflejar la totalidad de la vida de un país conformado por mestizos, blancos, indios, negros y asiáticos, en busca de una identidad definitiva desde la fundación de la República. Había, pues, que dar una imagen de nuestra realidad viva de la que el indigenismo solo mostraba fragmentos con ánimo sí insumiso, rebelde, pero que no

lograba apresar la multiculturalidad y la condición plurirracial de una nación encaminada hacia la modernidad.

El Perú no era solo el ande sino también las grandes ciudades de la costa habitadas por obreros, artesanos, pequeña clase media y burguesía, que pugnaban por incorporarse a la civilización moderna, en medio del pandillaje político, donde reinan hasta ahora las corruptelas y la incompetencia administrativa, la trapacería parlamentaria, el chanchullo, el poder de las grandes empresas transnacionales, la ausencia de inclusión social. Pero no solo los nuevos narradores de esta generación quisieron describir y juzgar la vida de los habitantes de la ciudad en toda su miseria sino también aventurarse a relatar lo que acontecía en el mundo remoto de nuestra selva. Ello hará que uno de nuestros grandes críticos literarios, Alberto Escobar, explique este fenómeno sosteniendo que: “Las últimas promociones de cuentistas peruanos no reniegan de las pautas fijadas hasta hoy en este proceso de elaboración de una literatura nacional. En él se hallan inscritos los más, y al tiempo corresponderá calificar el acierto de su elección y la calidad de sus medios. Pero lo que ya puede avizorarse es la existencia de una narrativa con impulso propio, con intereses que le son afines, con características que amplían el círculo de sus proyecciones y propósitos, tan limitados hasta hace apenas unos años”. A este juicio habría que agregar que el otro gran aporte de la Generación del 50 ha sido la indagación en nuestro fabuloso y accidentado pasado llevada a cabo por la novela, que ha echado una mirada aguda y esclarecedora a momentos cenitales, exultantes o dolorosos de nuestra historia.

La literatura me ha llevado fuera del Perú. Mis estancias en el viejo continente han sido acaso lo que más me ha alentado para proseguir mi carrera de escritor, sobre todo el hallarme en España comunicándome física y espiritualmente con su gente, conociendo y tratando a muchos de sus escritores más representativos, algunos de los cuales me brindaron su amistad. No olvido a Pedro Lain Entralgo y Alonso Zamora Vicente, grandes figuras de las letras españolas ya desaparecidas, presidente el primero de la Real Academia de la Lengua, y el segundo, su secretario perpetuo; ambos, en oportunidades distintas, presentaron mis libros al público español, honor inmerecido que también agradezco, rindiéndoles

homenaje. A mí entonces el vivir y el respirar en la vieja madre patria, hoy nuestra hermana mayor, me conmovió, puesto que era la patria de mis antepasados, de mis abuelos vascos que llegaron al Perú en las postrimerías del Virreinato con ilusiones y esperanzas que no se derrumbaron cuando logramos nuestra independencia de España. Mis antepasados se quedaron en esta tierra que ya habían hecho suya. Cuando pisé por primera vez el suelo de España en el año 1976, a poco de morir Francisco Franco, sentí fuertes impresiones, como la de saberme también heredero de la tradición y la lengua españolas sembradas raigalmente en el Perú desde la epopeya sangrienta de la conquista (parto del que nació una nueva nación de la unión de vencedores y vencidos al liberarnos siglos más tarde); y recordé que yo había recibido, sin advertirlo, el maravilloso legado de su literatura creada por los escritores y humanistas del Siglo de Oro, cuya lectura formó mi vocación y temple de escritor.

También me siento obligado a mencionar la generosa acogida que ha tenido mi obra en otro país hermano con el que tengo viejos vínculos familiares: Argentina. Figuras eminentes de su gran literatura han elogiado mis textos; entre estos personajes citaré a Graciela Maturo, Abel Posse, Ruth Fernández y Marta Lynch, las dos últimas ya desaparecidas, amén de otras que olvido. Estas personas me estimularon para que continuara en mis fabulaciones novelescas, todo lo cual comprometió mi más sincera gratitud. Finalmente digo que están muy presentes en mi memoria los juicios que han merecido mis trabajos por parte de los notables estudiosos de nuestra gran literatura latinoamericana: Seymour Menton, de la Universidad de California; Irvine, Stephen Hart, de la Universidad de Londres; y James Higgins, de la Universidad de Liverpool; a todos ellos mi imborrable reconocimiento.

El Perú es mi país y a él me debo, y soy consciente de ello como lo estuvieron mis padres y abuelos. De entre todos mis ascendentes resalto la conducta del padre de mi padre, Rollin C. Thorne, que luchó en Miraflores como teniente coronel, defendiendo a Lima en esa célebre batalla ocurrida en la guerra del 79, para nosotros infausta; asimismo, destaco la figura de su hermano Charles Thorne, teniente de marina yanqui, que peleó en la guerra civil norteamericana, a cuyo término

regresó al Perú para participar como peruano en el combate contra la Armada Española el 2 de mayo de 1866, embarcado en una de nuestras naves de guerra. Ambos eran hijos de Rollin Thorne Macquillan, mi bisabuelo, un empresario norteamericano avecindado en el Perú, que siendo cónsul general de los Estados Unidos de América en Lima, alzó su voz de protesta cuando España se apoderó de nuestras islas de Chincha. Estos ejemplos han influido sin duda para que en mi obra me haya volcado sobre nuestro pasado, redescubriéndolo y amándolo mediante mi entrega a la ficción novelesca. Pero no todas mis ficciones han sido enderezadas a desvelar ese pasado pues he escrito también sobre el tiempo presente y la violencia del terror de Sendero Luminoso que produjo en el Perú el marxismo-leninismo más perverso en su versión maoísta, durante el último tercio del siglo XX; esa violencia pareciera hoy amenazarnos con renacer, lo que todos rechazamos.

Hay algo que siempre me ha preocupado: la relación del escritor con la libertad como idea o como praxis. Ya el poeta latino Horacio, como he dicho antes, nos habló de la libertad de la que gozan los poetas y los artistas desde antiguo en el ejercicio de su arte, aunque no mencionó qué límites tenía esta libertad en el mundo romano al que él pertenecía y en el que el César la regimentaba a su gusto y arbitrio. Ya Platón siglos antes en la Grecia clásica había dicho que el concepto de libertad consistía “en una justa medida”. Con esto quiso explicar que la libertad era finita y una elección entre diversas posibilidades condicionadas por motivos determinantes. Este pensamiento fue olvidado durante toda la Antigüedad y Edad Media, hasta que en la Edad Moderna la libertad volvió a ser considerada como un querer o un hacer limitado por posibilidades objetivas. John Locke perfeccionó esa noción de la libertad al sostener en su famoso libro *Essays* que ella consiste “en que seamos capaces de actuar o de no actuar a consecuencia de nuestra elección”.

Acogiendo la idea enunciada por Locke sobre la libertad, creo que el escritor debiera ejercerla como un poder de elección en el mundo que le ha tocado vivir y en el que él es un actor insustituible. Debería también ceder al impulso de convertirse por un momento fugaz en un ser no contemplativo que ve en la acción una forma de responder a esa

vocación de eternidad que impregna su obra, la que de un modo u otro influye sobre la realidad de su entorno. Desde fines del pasado siglo podemos decir que el escritor como intelectual ha visto disminuido su poder real para intervenir en la vida pública. Sin embargo, no creo que en el presente rehuya el reto de seguir insistiendo en defender los grandes valores en que debe fundarse la vida humana (valores entre los que se cuentan la democracia política y la libertad) ni que reniegue de exponer su pensamiento crítico, guardando silencio ante la opresión, el terror, la injusticia y la mentira. Si bien actualmente en la sociedad de consumo, a causa de la presencia creciente de nuevas tecnologías de la comunicación y la relegación del libro a las bibliotecas, se lee cada vez menos, la actitud del escritor como respuesta habrá de ser la de no dejar de participar, cuando su conciencia le llama, en los grandes combates del espíritu para no parecer irresponsable a los ojos de su tiempo.